Schattenbild

Luciana Pavone

Capítulo 1

Estaba acostumbrada, usaba los nombres como máscaras, desechables e intercambiables como ella misma. Con los años había logrado perfeccionar la técnica, hacer que esa niña de Lillehammer quedara tan lejos de ella como su tierra natal y que, en cambio, apareciera esta nueva persona que no sabía de fiordos ni lagos. Y ya no importaban las manos que la habían acariciado, ni los sueños que había guardado debajo de la almohada con tanto recelo.

Era una investigadora española con ansias de conocer Varsovia y escribir una crónica de la invasión, no tenía miedo de meterse en medio de la acción si podía obtener una primicia. Habiendo estudiado tanto sobre la Gran Guerra no podía sino sentirse emocionada por experimentarla en carne y hueso. Poco espacio había para nada más. Tenía suerte de tener rasgos españoles por parte de su madre, era por eso, fundamentalmente, la habían asignado a esa operación. Ya no era extraño ser sólo Sombra pero sí era un desafío el nombre inusual que le habían dado, casi como si quisieran hacer evidente su profesión. Ella sabía que en el fondo lo habían hecho a propósito, era una prueba, debía demostrarles que verdaderamente valía la pena que la hubieran conservado con vida.

Cada vez que salía era un bautismo nuevo, no podía ser siempre la misma porque finalmente habrían dado con ella. Así que se acostumbraba a usar distintas pieles, a hablar con otras voces, a ocultar las marcas que llevaba en el cuerpo como las rayas de un tigre. Por momentos hasta era diferente su forma de respirar y se había olvidado de cómo había respirado antes de todo ese baile. Ya no sabía cuál era su verdadera voz y llevaba el nombre tan enterrado que por momentos no lograba recordarlo.

De alguna forma ese nuevo rol que le habían dado se le hacía cómodo y familiar, como si hubiera una parte de ella que en otra realidad se la pasara leyendo y redactando crónicas sentada en un sofá. Como si algo en ella le dijera que esa voz que escuchaba de su boca le había cantado algunas noches cuando no podía dormir hacía tantos años atrás, casi en otra vida. Siempre imaginaba su vieja casita en el pueblo, no podía más que imaginar porque apenas la recordaba, simple y bella…

No iba a pensar en eso. No era correcto.

Mientras tanto caminaba con decisión por las calles de Ciemne buscando, con ayuda del sol, el rumbo a la ciudad capital que se encontraba aproximadamente a unos veintiséis kilómetros al sureste. Había sido imposible viajar directo a Varsovia, los alrededores estaban llenos de

tropas alemanas, por lo tanto habían decidido que se transportase desde ese pueblo triste en medio de la nada.

No era más que una aldea, un par de casitas pequeñas de techo rojizo, una capilla en la plaza principal y un almacén. Era el lugar perfecto para escapar y fundirse en una sola piel para siempre, quedar en el olvido…

Era el lugar perfecto para empezar una tarea fundamental con eficiencia y nada más.

El aire otoñal le agitaba el sobretodo negro pero el frío no le llegó, la densidad del chaleco que tenía debajo se le hizo presente y miró el camino que tenía por delante. El sol pegaba pero casi no sintió la gota de sudor en su espalda que se deslizaba lento como un gusano abriéndose camino entre la carne muerta. Bajó hasta toparse con el frío penetrante del arma que guardaba en la cinturilla del pantalón, la verdad indisimulable de lo que se avecinaba.

Se la acomodó para hacer algo con las manos, estaba empezando a sentir la presión de su tarea. Pero esa arma no era de Sombra, por lo tanto fingía que no existía como un felino que si bien no mira constantemente su propia cola, sabe que está ahí. Se observó, se le hacía extraño usar una prenda color caqui pero era cierto que se ajustaba a su silueta dándole un tono más otoñal y relajado a su apariencia. Se encaminó tranquilamente hacia el almacén que había identificado sin dejar de mirar todo a su alrededor, lo hacía pasar por curiosidad propia de una investigadora pero poco tenía que ver con eso.

Le recordaba vagamente a su pueblo natal. Las calles estaban llenas de recuerdos que ella no podía ver y, a su vez, algunas imágenes pasaban corriendo que tan sólo ella veía. Imágenes que no correspondían a ese lugar pero que hallaban en él un inesperado consuelo. Las callecitas estaban cubiertas por un colchón de hojas naranjas que se arremolinaban con el viento y le conferían un aire de ensueño. Eran las mismas calles que conducían a su objetivo.

Pronto caería la noche y le iba a ser difícil ver, ya las sombras se proyectaban alargadas en la calle como los árboles en los que tanto había trepado. Debía comprar algo de comida para el viaje, le esperaba una larga caminata, así que entró al almacén con la esperanza de refugiarse de los recuerdos también. Tenía unos cuantos groszys en el bolsillo, iban a tener que alcanzar para todo lo que necesitaba para el viaje o tendría que racionar.

Al entrar, el edificio la resguardó de todo menos la nostalgia. Era un lugar pequeño de madera, *altamente inflamable*, atestado de estantes con pilas de cosas útiles en tanto quisieras imposibilitar el paso de la gente. Tan atestado de cosas estaba que le tomó su tiempo encontrar todo,

estaba hecho con el propósito de demorar a los clientes y así poder extraerles los pocos chismes que había en un lugar como ese. Probablemente alguna viuda había decidido casarse con el joven y fuerte extranjero que tanto la había cortejado y se hubiera gastado el poco dinero de su difunto exmarido en la boda o algo así. Quizás algún aldeano estaba teniendo un amorío con algún otro aldeano…

Río entre dientes mientras tomaba sólo lo que le parecía justo y necesario y una de sus golosinas favoritas y se acercó al mostrador para pagar, lista para salir corriendo en caso de ser inevitable. El hombre de la caja era regordete y tenía la cara roja, no era su tipo de hombre pero sí le envidiaba los increíbles ojos celestes que exponía con la soltura de quién los vio frente al espejo toda la vida. El polaco comenzó a hablarle y, a pesar de haber estudiado multiplicidad de idiomas desde una edad muy temprana, no lograba entender una palabra de lo que decía, si era verdaderamente polaco, era un dialecto que no manejaba.

No sabía qué decir o hacer, le hizo gestos y trató de hablar un polaco muy humilde pero el cajero regordete seguía enfrascado en su cháchara y no notaba que ella no estaba siguiendo el hilo de su historia. Naturalmente no estaba nerviosa, esas situaciones no eran ajenas a su profesión pero sí tuvo que ignorar la humedad que se le estaba acumulando en la nuca.

Había empezado a evaluar la posibilidad de cortarle la garganta y salir corriendo, *muy arriesgado*, cuando el empleado gritó algo inteligible y un joven rubio entró al local por la puerta trasera.

El rubio era todo lo que el regordete no y la miró con intrigados ojos claros que le provocaron más envidia y, con un perfecto alemán le preguntó si era turista. Estaba claramente divertido por lo que el cajero le estaba diciendo.

Tuvo que ahogar su curiosidad para pasar a lo que verdaderamente importaba, debía mantener la interacción al mínimo. Enseguida se enderezó, hizo su mejor esfuerzo por parecer desorientada y nerviosa y, con un fuerte acento español, contestó que era de Aragón. Él, con una sonrisa torcida, se apoyó en el mostrador, había llegado hasta ahí con una maestría que sugería que no era ajeno al lugar, no había perturbado nada a su paso.

- ¿Qué parte de Aragón?

Entrometido.

- Zaragoza – por suerte para ella estaba altamente preparada para cualquier pregunta que unos aldeanos chismosos quisieran hacerle.

- ¡Ah! Zaragoza, hace tanto tiempo que no como unos buenos huevos al salmorejo, usted tiene suerte – dijo como perdido en un bonito recuerdo - ¿en qué barrio vive? Así sé dónde visitarla cuando vaya para allá, no me pierdo oportunidad de visitar Zaragoza.

Eso la tomó por completo por sorpresa, no esperaba encontrarse con alguien que realmente supiera algo sobre la ciudad que tan cuidadosamente había elegido. El cajero viendo que no podía ser parte de esa conversación en particular desapareció por la puerta a hacer algo que explicó en su cerradísimo polaco al rubio charlatán.

- Estoy en el barrio de Jesús, cerca del Ebro, seguro conoce – contestó recordando las pocas historias que había escuchado de su madre.

- El Ebro es simplemente hermoso – exclamó en tono soñador y finalmente miró los víveres apoyados en el mostrador.

Los agarró de a uno y anotó en un papel una lista de números que se le hizo interminable. Algo le decía que no iba a poder pagar todo.

- Parece que está planeando un viaje, señorita…disculpe, no escuché su nombre – dijo interrogante.

- Porque no lo dije, mi nombre es Sombra y por desgracia mi itinerario es un poco ajustado y no puedo quedarme mucho tiempo, si pudiera decirme el total así comienzo el viaje sería afortunado.

El chico empezó a calcular el total pero se detuvo hacia la mitad de la cuenta, si no hubiera tenido que mantener un perfil bajo ya se habría ido de ese lugar.

- Sombra… - dijo como degustando la palabra - ¡Schattenbild![1] ¿Y qué podría una hermosa zaragozana con un nombre tan peculiar estar haciendo en un lugar tan peligroso como este? – preguntó como si hubiera estado esperando el momento justo – Sí sabe que hay una invasión, ¿no?

- Por supuesto, es por eso mismo que estoy en este preciso lugar – respondió automáticamente, ella también había estado ansiosa por que alguien le preguntara – igual, no veo por qué debería interesarle a usted.

Eso hizo que el empleado abriera los ojos grandes como platos, gozándole obviamente, el hermoso azul cielo de su iris.

- ¿Va camino a Varsovia? Eso es muy poco aconsejable, señorita, de hecho muchos en la aldea estamos considerando alejarnos de dicho lugar, le recomiendo que haga lo mismo.

- Le agradezco su preocupación, pero es mi deber adentrarme en la invasión, las crónicas no se escriben desde la ventana con vista al Ebro, señor… creo que debo preguntarle su nombre ahora.

Él frunció un poco el ceño como si no estuviera totalmente convencido de lo que estaba haciendo. Sentía que se lo debía después de todo el interrogatorio, si sabía que los pueblerinos iban a ser así hubiera enfrentado una legión de soldados alemanes con mucho gusto. Desafortunadamente esa misión requería discreción.

- Licht, un gusto – respondió tendiéndole la mano para estrechársela.

- Igualmente - dijo dándole el gusto de un buen apretón - ahora si me dice el total puedo pagarle.

- Debo insistir en que no vaya a Varsovia – continuó él en un español muy bueno.

Ella trató de contener su sorpresa, Licht no era un pueblerino cualquiera. Quizás lo había subestimado, un error de novata.

- Lo lamento pero eso no lo incumbe, muchas gracias por el alimento, hasta luego – replicó ella también en español mientras guardaba los productos comprados en su mochila y se dirigía a la puerta.

El muchacho, que no podía ser mucho mayor que ella, frunció el ceño y salió de un salto de atrás del mostrador. Le cerró el camino con una habilidad admirable y, aunque hubiera podido apartarlo sin mucho esfuerzo, decidió que no era tan importante como para arruinar su portada. De tan cerca se dio cuenta de lo mucho más alto que era, fornido y de piel curtida, definitivamente no parecía un almacenero de pueblo.

- ¡Un momento! Si insiste en continuar me siento en el deber de acompañarla – le dijo con una firmeza inusitada – Conozco Varsovia, escapé cuando los alemanes invadieron y puedo guiarla.

- Gracias, Licht, es usted muy amable pero voy a tener que rechazar su oferta. Buenas tardes – dijo intentando zafarse.

Lo último que quería era un lastre. Alguien más a quién alimentar y un motivo para fingir durante todo el camino a Varsovia. Además era un potencial testigo y era su deber asegurarse de que no quedara nadie que pudiera hablar, nadie que relacionara su rostro con los sucesos que iban a tener lugar.

- Insisto.

- Yo también.

Salió del local ignorándolo, sin mirar atrás y una ráfaga de viento le azotó el pelo volándole la trenza negra sobre la cara. Localizó al sol otra vez y le dio la espalda para continuar su camino por las pequeñas callecitas de Ciemne. Sus pasos se perdían contra el manto húmedo de hojas, era una ventaja y a la vez no, porque las hojas no elegían qué pisadas silenciar. Su sombra se confundía con las del follaje, varias veces se volvió pero no vio a nadie. Era como sentir una presencia constante sin nombre detrás de su nuca.

Le costó salir del pueblo, un laberinto de callecitas encrucijadas, pero al fin encontró la ruta que buscaba. En ese momento volvió a notar una presencia y disimuladamente miró alrededor, el paisaje era muy diferente al de la ciudad. Había una estrecha carretera a un costado enmarcada por las desnudas ramas de los árboles y el piso era un colchón naranja de barro y hojas. Los alrededores estaban llenos de árboles y arbustos.

- No puedo dejar que vaya sola a Varsovia – oyó decir a una voz grave y suave.

Se sobresaltó y con un movimiento casi imperceptible se sacó un guante y desenfundó la daga que tenía escondida. No era sabio empuñar un cuchillo con guantes, el agarre nunca era igual de firme. Licht salió de entre los esqueletos de los árboles y la miró fijo con sus ojos de cristal.

- Creí haber dicho que no necesitaba un guía.

- Varsovia es un lugar peligroso – explicó él con las manos levantadas en gesto de paz.

Era evidente que se sentía amenazado por su arma. Y no era para menos, estaba dispuesta a despacharlo si se convertía en un problema. Sin embargo seguía siendo una pobre investigadora sobresaltada por un hombre testarudo y no tenía verdadero motivo para amenazarlo. Enfundó el cuchillo y observó cómo él se relajaba casi de inmediato.

- Sé arreglarme sola.

- Ya lo noté.

El sarcasmo en su voz y sus cejas enarcadas hacían que la situación pareciera un tanto ridícula. Terminó por aflojar la presión, su mirada fija en la de ella la hacía achicarse. Había algo en él que no le cerraba, ¿qué lo hacía creer que podía defenderla del ejército alemán?

Prochnost. No podía confiar en él.

- Si insiste en acompañarme tendrá que caminar rápidamente – le explicó en alemán.

- Eso no va a ser problema alguno – respondió en español.

Era extraño que hablara tan bien y no pudo contener su curiosidad esa vez. Quizás Sombra no fuera tan taciturna después de todo.

- ¿Dónde aprendió a hablar español? – preguntó intrigada.

Tonta. Sabía que era una tontería involucrarse con esa gente, ya había pasado por eso hacía diecinueve años y no deseaba que se repitiera. Porque aunque debía mantener el personaje, ante todo debía procurar no adentrarse demasiado en su piel.

- Es una larga historia, supongo que se la puedo contar de camino a Varsovia.

Astuto, embustero. A pesar de sus advertencias se encontró riendo, aunque no era una verdadera risa, sino más bien un siseo como si se deslizara entre sus dientes contra su propia voluntad.

- ¿Está seguro? – le preguntó – Las probabilidades de no volver son altas.

Era tanto una advertencia como una amenaza encubierta. Él se limitó a mirarla como si no la hubiera escuchado y comenzó a caminar por delante de ella. Nunca, en sus años de trabajo le había pasado una cosa semejante y no sabía cómo manejar la situación. Se imaginó lo que le dirían al volver y no le agradó nada.

Inútil, bespolezna lichinka[2].

La curiosidad era su peor enemiga pero decidió hacerle caso y simplemente caminar al lado de aquel extraño que tranquilamente podría echar a perder todo el plan y conseguir que los mataran a ambos.

Inconsciente, impulsiva, bespolezna lichinka.

El sol había caído y la luna, un medio círculo perfecto, brillaba con esplendor sobre sus cabezas dándole un fulgor plateado al paisaje otoñal.

- ¿Sigues segura de querer ir a Varsovia?

- Peleo a muerte todos los días, no tengo de qué preocuparme.

Se dio cuenta de su error antes de que las palabras terminaran de sonar y tuvo que disimular los pálpitos de pánico que se le dispararon. Sus misiones siempre habían sido impecables y en un día se las estaba ingeniando para estropear todo lo que podía ser estropeado. ¿Cómo podía ser que no pudiera ni lograr algo tan simple como mantenerse en personaje?

- ¿A sí? Creí que había dicho que era una investigadora no un soldado – inquirió con sorna como si en el fondo supiera la verdad.

Él sonreía con un desafío que pocos se habían atrevido a proponerle y algo en ella se relajó. No tenía nada que temer, no mientras pudiera seguir el juego. Lo miró de reojo y comprobó que seguía sonriendo con una astucia admirable. Su pelo parecía de plata y en sus ojos se reflejaba la luna, era como si el cielo mismo lo estuviera señalando.

- Claro, sin embargo la vida en sí es una lucha a muerte y heme aquí – respondió tratando de salvar la situación y desvió la mirada al sentir el rubor en sus mejillas.

No podía recordar la última vez que se había sonrojado, no era algo que le pasara a menudo, se sentía tan insegura como en su primer día. Había hablado sin pensar y él no se estaba creyendo nada. En el fondo ambos sabían que el otro no era lo que decía ser, porque él también escondía secretos en su postura y sus marcas.

- Ciertamente es una suerte – un brillo pícaro apareció en sus ojos.

Atrevido. Su respuesta la dejó totalmente desarmada y se limitó a observarlo. Hasta el momento no había notado lo atractivo que era, era alto, delgado y musculoso, su sonrisa se torcía levemente a la derecha. La cicatriz que tenía en la mejilla derecha le daba un aspecto salvaje y peligroso. En el pasado esas cosas le habían servido para hacer un análisis objetivo y definir la interacción apropiada con los sujetos, si debía o no considerarlos una amenaza. Sin embargo había algo en él que hacía que todos sus sensores fallaran, que sus sentidos desaparecieran.

Licht clavó su mirada en la de ella y Sombra la sostuvo, más para probarse a ella misma que podía que para intimidarlo.

- Respondiendo a tu pregunta anterior, viví en España mucho tiempo, desde chico. Con mi madre nos mudamos allí después de la muerte de mi padre… Por eso hablo español – continuó él risueño.

Habían estado caminando separados por unos cuantos centímetros pero él se había acercado a ella hablándole al oído. *Confiado… presumido*. Era una actitud arriesgada de su parte, una parte de ella se indignaba de que fuera tan despreocupado, lo consideraba un insulto profesional. Su otra

parte, en cambio, sabía que no iba a hacerle nada y hasta le agradaba la conversación llevadera. *La parte irracional e inútil, por supuesto.*

- ¿Dónde vivían antes? ¿Alemania? – preguntó Sombra intentando alejarse.

Es para sacarle información vital no para satisfacer mi curiosidad improductiva.

- ¿Qué comes que adivinas? – exclamó a modo de broma – Ahora me toca a mí… ¿de dónde eres?

- Te he dicho que soy española.

Él negó con la cabeza. Todo su entrenamiento le dijo que lo matara en ese mismo instante, que se había convertido en un riesgo. Y aunque sabía que estaba caminando una línea arriesgada había algo increíblemente emocionante en seguirle la corriente. No podía parar, era como una droga.

- Viví en España mucho tiempo y a mí no me engañas, tu acento no es español aunque definitivamente sabes su geografía – por un momento vio a su madre entonando canciones y meciéndola en sus brazos - ¿De dónde eres?

Bespolezna lichinka. *Si alguien llegara a enterarse de eso iba a arrepentirse de haber nacido.*

- Muy observador… pues no, no soy española, soy de todas partes – continuó Sombra intentando ocultar sus nervios.

Con cada palabra que decía se sentía más tonta y más emocionada como una niña pillada en una mentira. A pesar de todo estaba siendo honesta con él aunque no de la manera que él quería. No de la manera en que ella quería. *Crédula, indiscreta. Prochnost.*

- Y de ninguno a la vez – terminó él con profunda seriedad que contrastaba con su exaltación infantil.

Era como si la comprendiera, como si entendiera ese sentimiento, ese reconocimiento en cada una de sus pieles. Y con ninguna a la vez. Tal y como lo había dicho. Si era alemán… debería haber estado peleando en la guerra. Lo observó con detenimiento, la cicatriz que llevaba en el rostro parecía hermana a las que ella misma vestía. *Licht*, luz en alemán, ¿podía ser que todo ese tiempo hubiera estado tan disfrazado como ella?

Hacía frío y tenía los pies entumecidos, el viento entraba por su abrigo congelándole el cuerpo y las hojas se arremolinaban a su alrededor como

bailando. Continuaron caminando por un largo tiempo sin decir nada, estaba tan desierto el camino que supo que había elegido bien, apenas si los grillos se atrevían a transitarlo. El metal del arma y las cuchillas se volvía más gélido contra su piel a cada paso que daba y le causaba escalofríos. Estaba muy acostumbrada a las heladas pero por algún motivo se veía muy afectada por la delicada ventisca otoñal de Polonia.

- ¿Y por qué estás tan interesada en Varsovia?

El corazón le palpitó fuerte contra el pecho pero su rostro permaneció inexpresivo.

- Mi padre era soldado y murió en batalla, a partir de ese momento me obsesioné con las guerras – contestó como si eso aclarara todo.

No era mentira pero tampoco era del todo verdad. Licht fijó la vista en el suelo como si el pobre fuera el causante de sus males.

- Mi padre también – murmuró más para sí que para ella – pero eso sólo me hizo querer evitar la muerte, no verla.

- Sonará extraño pero no hago esto porque quiera – dijo sin pensar.

Estúpida, bespolezna lichinka. Descuidada, maldita seas, hablando sin pensar.

Prochnost. Prochnost. Prochnost.

Se mordió la lengua tan fuerte que sintió el característico sabor de la sangre inundándole la boca. Luego de eso no dijeron nada, lo que era un alivio (aunque realmente ya no había nada que pudiera decirle que pudiera empeorar la situación). Habían estado andando por horas y el hambre se estaba haciendo difícil de ignorar así que se sentaron contra el ancho tronco de un roble y comieron en silencio mientras miraban el cielo a través de las ramas del árbol. Reinaba la paz y una profunda tranquilidad se apoderó de Sombra como nunca antes.

Decidió arriesgarse a prender un fuego, no había nadie a kilómetros y el frío se hacía cada vez más difícil de soportar. Ninguno de los dos emitió sonido alguno pero él ayudó juntando ramas para alimentar las llamas.

Finalmente cuando hubo un fuego decente y suficiente leña para mantenerlo unas horas se relajó. Aprovechó para quitarse los guantes y calentarse las manos, ya entumecidas, contra el dulce calor.

- ¿Qué es eso? – preguntó Licht frunciendo el ceño.

Siguió la línea de su mirada y entendió a qué se refería, casi se había olvidado de las marcas en las yemas de sus dedos. Vestía muchas marcas pero esas cargaban con sus peores recuerdos, todavía sentía el dolor como un fantasma. Recordaba los gritos. Cosas que había enterrado muchos años atrás junto con los nombres de sus muertos. No pudo contener el escalofrío que la recorrió de punta a punta y casi gritó al sentir una mano en su hombro.

Fue extraño encontrar a Licht del otro lado, con los ojos llenos de preocupación. Volvió entonces al camino, al roble, a Sombra, al muchacho esperando pacientemente una respuesta.

Y quizás fuera que necesitaba contarle aquella escena particular de su vida a alguien.

- Cuando era pequeña mi padre me martillaba clavos en los dedos para que me acostumbrara al dolor – dijo casi inaudible, una atmósfera lúgubre los envolvió a ambos y ella se enfocó en ahogar parte de sus recuerdos hasta que apenas podía sentirlos – si lloraba les echaba alcohol hasta que dejara de gritar.

Él no dijo nada pero no se apartó tampoco, su mano seguía apoyada en el hombro de ella con una confianza que no sabía de dónde había sacado. Lo miró tratando de percibir algún sentimiento, alguna reacción a su historia pero notó que sus ojos estaban distantes, como si estuvieran viendo algo lejano. Cuando finalmente volvió en sí, se movió dejando un vacío donde había estado su mano y se enrolló la manga de la remera para revelar una serie de cicatrices redondas.

- Mi padre cuando tomaba de más apagaba los cigarros en mi brazo – le contó con aplomo – un día mi madre lo descubrió y trató de detenerlo…

Sus ojos se oscurecieron y dejó caer los brazos pesados a los costados del cuerpo como si ya no le quedaran fuerzas. Estaban más cerca de lo que recordaba y fue un esfuerzo no tocarlo, no tratar de consolarlo de alguna manera.

- ¿Y qué pasó? – preguntó con una suavidad inusitada.

Él pareció recordar que estaba ella allí y sus miradas se cruzaron, las dos tristes y llenas de melancolía.

- Le partió una botella en la cabeza – respondió con una sequedad casi violenta – poco después lo llamaron para la guerra y nosotros nos mudamos a España.

Sombra se inclinó sobre las llamas, nunca había encontrado a alguien con quien compartir esas cosas. Por la forma en que la miró, supuso que él

tampoco. Se inclinó junto a ella y tomó una de sus manos en las de él recorriendo las cicatrices con las yemas de sus dedos.

- Cuando tenía quince años mi madre me llevó por primera vez al Liceu – le contó sin soltarle la mano – es mi recuerdo más feliz.

Al escucharlo hablar, una sensación extraña se extendió por todo su rostro, le era tan ajeno que tardó en entender a qué se debía. Había sonreído antes de darse cuenta de lo que hacía. Trató de recordar algo feliz pero poco conocía de felicidad.

- Cuando tenía once una familia de acogida me llevó al zoológico – comenzó a decir mientras las imágenes desfilaban frente a sus ojos – siempre me gustaron los animales pero fueron los elefantes los que me quitaron el aliento, nunca estuve tan maravillada.

Era cierto, recordaba el tamaño descomunal del animal, los colmillos de marfil, la forma en que había hecho llover con su trompa. Lo que más le impresionaba de ellos era que, siendo capaces de derrotar prácticamente cualquier criatura con su fuerza, eran pacíficos y amables. Era su tranquilidad, como una piedra de río, que la había hecho enamorarse de ellos.

Una fría ráfaga la hizo acercarse al fuego y Licht se arrimó casi imperceptiblemente a ella. Estaba tan cerca que sentía el calor que irradiaba de él y se dejó llevar. Se había sentido así antes, sí, con personas que había trabajado para olvidar, en hogares que habían sido destruidos. Recordaba lo que era que le sonrieran y le untaran salva en las heridas. Recordaba el calor de un fuego y una manta, la voz grave y resonante, las palabras de ese libro. Lo recordaba todo sin importar cuantas veces dijera que no. Recordaba la canción.

Recordaba el calor de la sangre, recordaba no distinguirla de las lágrimas que la empapaban. Recordaba el peso del cuchillo en su mano y como esos ojos dulces la habían perdonado antes de apagarse. Después de eso solo había frío.

Había sido demasiado pequeña para recordar más que rasgos generales de sus padres y el dolor de las heridas. Aquello había sido diferente, tan diferente que para soportar el dolor había tenido que olvidar. Pero en el fondo recordaba, recordaba todo.

El hombre sentado a su lado, el fuego, las sonrisas, era todo tan dolorosamente similar. *Viktor*. El cuento que sonaba, la voz, nombres que había borrado con sangre. *Sveta*. La canción para dormir, los ojos, el amor que había encerrado bajo llave.

- Estás temblando – dijo Licht en una noche de otoño lejos de allí.

Un brazo la envolvió llenándola de una paz que hacía tantos años que no sentía. Viktor y Sveta habían sido sus padres adoptivos, no más que un medio para espiar al vecino que era sospechoso de estar en contra del nuevo régimen. Pero había hablado de más, se había involucrado demasiado, se había atrevido a soñar una vida con ellos. Y habían pagado las consecuencias, ella había tenido que hacerlo como castigo.

- Hay cosas… - trató de explicar sin poder encontrar las palabras.

- Lo sé – fue lo único que contestó.

Por algún motivo sintió que verdaderamente lo entendía, como si el vidrio de esa botella fuera una antecámara de los verdaderos horrores que lo surcaban. Había algo que vinculaba a las infancias trágicas, un sentido de hermandad que pocas veces había sentido.

- ¿Quién te hace ir a Varsovia, Schattenbild? – le preguntó con más franqueza de la que se había animado antes.

Schattenbild. Era alemán para Sombra, como si quisiera remarcar aún más esa dualidad entre ellos, una suerte de antítesis complementaria.

- Mi jefe.

Había tanta verdad en eso y, sin embargo no terminaba de ser correcto. *Mi dueño* pensó con algo de rabia. Porque eso era, su dueño, lo de ella no era un simple trabajo al que podía renunciar cualquier día. No, era un contrato vitalicio, la única forma de salir era en cajón. Se habían asegurado de recordárselo una y otra vez, de varias maneras diferentes.

- Podríamos ir a otra parte, escapar, no tienes por qué ir a Varsovia, Schattenbild.

Había algo en sus ojos, un sentimiento indescriptible, como si siempre hubiera sabido el peso que llevaba sobre los hombros. Como si supiera cuánto se esforzaba por mantener la máscara que le habían pintado… suspiró, miles de respuestas cruzaron su mente pero ninguna salió de su boca. Tenía el cerebro tan lavado que no fue capaz de pronunciar las palabras que se habían atorado en su garganta. *Prochnost*, ese era el lema, el santo y seña, la verdadera regla de oro.

- Nada es tan sencillo.

La herida superficial de sus palabras fue visible en su rostro y, a pesar de la punzada de culpabilidad, sabía que había hecho lo que debía. *No lo*

que quería.

- No tienes que hacer lo que no quieres – insinuó por lo bajo, como si su voz fuera parte del crepitar del fuego.

Ojalá pudiera permitirse pensar así pero era prisionera de aquel viaje. Incluso si hubiera estado dispuesta a tomar el riesgo por sí misma… no había nada más que supiera hacer, ellos se habían encargado de eso. Tampoco tenía un lugar al que ir, no quedaban caricias de medianoche ni piruletas de frutilla. La sangre se había parecido tanto al dulce rojo que le había causado tanto placer y con el tiempo se habían confundido. *Traidora. Prochnost.*

- Mi trabajo depende de esto – respondió tratando de despejarse.

Licht no replicó nada, ambos sabían que ese no era el problema pero había verdades que no podía confesar abiertamente. No importaba cuánto sospechara, su boca no podía proferir esas palabras. Ya lo había hecho una vez.

Y el cuerpo había quedado en la escalera con los ojos vidriosos y vacíos, doblado en los ángulos incorrectos.

- Entonces deberíamos descansar, al amanecer podemos seguir camino.

Sombra suspiró, estaba realmente cansada, parecía que todo su entrenamiento hubiera desaparecido de la noche a la mañana. Sentía frío; y tenía miedo. Jamás le habían permitido sentir miedo, debía ser segura de sí misma, cuidadosa y rápida.

Sin embargo, la sensación de inminente fatalidad había ido creciendo en su interior creando una criatura temblorosa y extraña. *Ella era una herramienta, no sentía.*

No, se habían asegurado de que así fuera. Todavía podía sentir los ecos de las heridas diseñadas para mantenerla afilada, eran como fantasmas bajo su piel y por momentos podía verlos bailar junto a su acompañante. Acechándolo a él también.

Se recostaron contra el tronco y ella le dio la espalda, no era un movimiento muy estratégico de su parte, no si verdaderamente planeara dormir. Otra regla que había aprendido con el tiempo, nunca bajar la guardia.

- Schattenbild… - susurró Licht al oído suavemente, saboreando el sonido de la palabra, provocándole un estremecimiento – El nombre te queda.

Se dio vuelta a verlo, se había acercado y sonreía vagamente como si le diera pereza dejar de sonreír. El cabello rubio, teñido de la luz del fuego que, aunque ya moribundo, seguía emitiendo un agradable calor.

- Y pues, por algo es mi nombre.

- ¿Lo has escogido tú?

- Nadie escoge su propio nombre – rebatió ella.

Licht rió, como todo en él, su risa era profunda y suave como el fluir de un arroyo. Era tan semejante a la risa de Viktor que tuvo que ignorar la punzada de su pecho, rara vez sentía culpa pero todavía había días difíciles en los que algunas cosas salían a la superficie.

- ¿Es que nunca paras de reír? – lo cuestionó.

Sabía que su enojo se debía a sus propios pensamientos, al vacío que se abría en su interior como las fauces de una bestia. Ese vacío había estado cubierto de mentiras durante tanto tiempo… *Prochnost*.

- ¿Es que nunca ríes? – replicó Licht.

La pregunta la pilló por sorpresa. Viéndolo a él entendió que había diferentes maneras de lidiar con el dolor, ellos funcionaban como dos caras de una misma moneda.

- No, de hecho no.

- Estirada – bromeó él arrojando hojas secas al fuego.

Una pequeña llama se elevó para devorarlas. Luego no quedó nada.

- Inmaduro – contraatacó con sequedad.

- ¿Y eso por qué?

El sonido que brotó de sus labios era alegre y contagioso, le recordó al trinar de los pájaros y a los gritos de los niños. Siempre le había gustado ver a los niños jugar, incluso sin haber participado nunca, le resultaba admirable la libertad con la que se expresaban, el poder que tenían sobre su propia imaginación.

- La vida no es para tomársela a la ligera.

Recordaba esas palabras más que ninguna otra cosa, su padre las repetía incansablemente. No sabía de qué color habían sido sus ojos ni el tono de su voz, esas cosas se habían desgastado, perdido en la bastedad de su

mente. Esas palabras, sin embargo, estaban impregnadas en los recovecos más inalcanzables de su cabeza, como el olor a naftalina.

- No sabía que reír era pecado – la cadencia de su habla era provocativa.

- Es que vives en un pueblo muy desactualizado – soltó con fingida seriedad.

Una parte de ella sintió una ligereza dentro suyo, como el sutil aleteo de un pájaro en la boca del estómago. Licht estalló en una carcajada limpia y fresca, como una cascada, que liberó al ave que llevaba atrapada dentro hacía tanto tiempo. Se sentía feliz, culpable, insensata y tranquila. *Infantil era la palabra que buscaba.*

- ¿Ves? Ya he logrado corromperte.

- Y tendremos que pagar las consecuencias.

No había pretendido que esas palabras salieran de su boca pero al escucharse supo que eran verdad. Ambos iban a pagar las consecuencias de lo que estaba sucediendo y solo había una forma de evitarlo.

- Creo que deberías volver a Ciemne – afirmó, la conversación tomando un rumbo lúgubre, muy diferente al que había tenido momentos atrás.

- Todavía no llegamos a Varsovia – replicó él con una simpleza que pretendía enmascarar la agudeza que había detrás.

Licht ya no reía, zanjó el asunto y se dio la vuelta, escondiendo el hecho de que no iba a pegar el ojo. Ella tampoco durmió, no pudo, una palabra seguí rondándole la cabeza, tanto que de a poco fue desmenuzándose y perdiendo sentido. *Prochnost.*

Ambos fingieron despertarse a la mañana, con los primeros rayos del sol que parecían imprimir un aire sombrío al camino que tenían por delante. Continuaron el trayecto en un silencio sepulcral, tan sólo hicieron un par de pausas para comer y, cerca de la tarde, empezaron a escuchar los cañonazos. Se hacían más fuertes acorde avanzaban, marcaban el pulso, los latidos.

- Cuando lleguemos te mantendrás al margen y te quedarás fuera de la ciudad – le dijo sin molestarse en mirarlo a la cara.

- Seguro – respondió Licht sarcástico.

- Estoy hablando en serio – replicó dejando entrever cuán serio era el asunto – ya estamos en Varsovia así que puedes volver a Ciemne y no

mirar atrás.

- Tal vez debería robarle el arma a un alemán y entrar contigo – haciendo caso omiso de lo que acababa de decir.

Se volvió para enfrentarlo, los ruidos de la batalla todavía en la distancia, eran el trinar de los muertos. Una canción que conocía muy bien y que solía bailar sola.

- Todos piensan en disparar un arma pero ninguno en recibir un balazo – dijo con brusquedad.

Pero Licht, por la mueca que hizo, sabía cómo se sentía. Había cierto aplomo en su mirada, algo que pocos compartían y, que aquellos que lo habían vivido, sabían reconocerlo por lo que era.

- ¿Por qué? – preguntó nuevamente.

Ella sabía a lo que se refería, y en ese momento lo dejó ver todo lo que había dentro suyo. El vacío sangrante y las heridas, los ecos y la oscuridad.

Licht no se atrevió a preguntar nada más y el silencio se volvió a instalar entre ellos. No había ningún sentido en seguir mintiéndole cuando sus caminos se separarían en tan poco tiempo. Saber eso le sentaba como una patada al estómago, había sido una aventura divertida incluso sabiendo que no podía durar. *Misión, no aventura.*

Al caer la tarde llegaron a Varsovia y la poca paz que había conseguido se esfumó. El estruendo era insoportable, dañaba los tímpanos y los gritos de agonía desgarraban el pecho. Lo que había estado esperando, era el momento de entrar en acción. El humo se alzaba cubriendo la ciudad y el olor a pólvora y sangre penetraba en cada poro de su cuerpo.

Aprovechando la confusión de la batalla se escurrió dejando a Licht atrás y se adentró en la ciudad buscando a su objetivo. Las calles estaban vacías, los negocios tapiados.

Atención.

De repente lo vio, Werner Von Fritsch, un general alemán, estaba solo inspeccionando el frente. *Blanco fácil*, Sombra se agazapó detrás de un coche baleado y desenfundó el arma. Apuntando con letal precisión jaló el gatillo y vio como el hombre se tomaba el estómago con ambas manos, soltando su arma, y la miraba sorprendido.

Ella se incorporó y se acercó a Werner con una mirada impasible, él cayó

al suelo con ojos vidriosos llenos de sangre. *Misión cumplida.*

- ¿Schattenbild?

Licht se encontraba parado tres metros detrás de ella. La sangre se le heló en las venas.

Testigo.

Una alarma comenzó a sonar en su cabeza, eso no debía pasar.

- Licht…

Sin poder evitarlo se dirigió a él con los ojos brillantes. El protocolo indicaba que no podía haber testigos, contemplándolo se le hizo un nudo en el estómago.

Una cortina de lágrimas le nubló la vista mientras apuntaba el cañón a la frente del muchacho. No distinguía nada pero sabía dónde apuntar, ya lo había hecho antes, tantas veces que las imágenes se entremezclaban. Un borrón de colores, de recuerdos, la atravesó como un rayo.

- Yo… - intentó decir ella con la voz entrecortada – tengo que hacerlo.

No lloraba. No, no podía llorar porque cuando lo hacía era castigada.

Un látigo restalló a lo lejos en su memoria y el dolor se expandió en múltiples puntos de su espalda. *¡Basta!, gritaba su madre mientras rezaba a un dios que nunca había respondido sus plegarias. ¿Por qué?, preguntaba como un mantra entre sus labios.*

- ¿Por qué? – preguntó Licht en un susurro.

La línea que separaba el ahora del desfile en su cabeza se volvió borrosa, inexistente.

Fordi noen må gjøre det.

- Porque alguien tiene que hacerlo – y fue la voz de su padre la que respondió como un eco.

Apartando la vista apretó el gatillo y aquella explosión resonó en el vacío de Varsovia como los restallidos de un látigo en una casita humilde en Lillehammer. Los cañonazos parecían haberse ahogado y la ciudad se veía confusa, como recortes superpuestos e incoherentes.

Lo único que tenía cierta nitidez era el pálido cuerpo de Licht sobre la acera que ya no era sino el de su madre, el de Viktor, el de Sveta. No

lloraba porque si no iba a ser castigada pero… lloraba y nadie iba a enterarse nunca.

Nunca nadie iba a saber qué había sido de Licht ni a saber qué cicatrices yacían bajo su piel. Nunca nadie volvería a ver el brillo de sus ojos.

Se aferró a lo único que podía salvarla, una palabra que siempre volvía a encontrarla por más que la rechazara, que se resistiera.

«Prochnost»[3]

[1]Alemán para “sombra”

[2] Ruso para “larva inútil”

[3] Прочность, del ruso: fuerza.